

Ernesto Laclau y Chantal Mouffe

HEGEMONÍA Y ESTRATEGIA SOCIALISTA HACIA UNA RADICALIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA

Prefacio a la segunda edición en español (fragmento)

Hegemonía y estrategia socialista fue publicado originariamente en 1985 y ha estado, a partir de entonces, en el centro de muchas discusiones teóricas y políticas importantes, tanto en el mundo anglosajón como en otras partes. Muchas cosas han cambiado desde aquel tiempo en la escena contemporánea. Para referirnos tan sólo a los desarrollos más importantes, es suficiente mencionar el fin de la Guerra Fría y la desintegración del sistema soviético. A esto debemos añadir las drásticas transformaciones en la estructura social que están en la raíz de nuevos paradigmas en la constitución de identidades sociales y políticas. Para percibir la distancia epocal entre el comienzo de los años ochenta, cuando este libro fue originariamente escrito, y el presente, tenemos tan sólo que recordar que, en aquel tiempo, el eurocomunismo era todavía visto como un proyecto político viable que iba más allá tanto del leninismo como de la socialdemocracia, en tanto que, a partir de entonces, los debates principales que han absorbido la reflexión intelectual de la izquierda han sido aquellos centrados en los nuevos movimientos sociales, en el multiculturalismo, en la globalización y en la desterritorialización de la economía, y en el conjunto de problemas vinculados con la cuestión de la posmodernidad. Podríamos decir –parafraseando a Hobsbawn– que el “corto siglo XX” concluyó en algún punto a comienzos de los años noventa y que hoy en día encaramos problemas de un orden sustancialmente nuevo.

Dada la magnitud de estos cambios epocales, nos sorprendimos, al ir sobre las páginas de este libro no tan reciente, al advertir lo poco que teníamos que poner en cuestión respecto de la perspectiva intelectual y política que en él se plantea. La mayor parte de lo que ha ocurrido desde entonces ha seguido de cerca el camino sugerido en nuestro libro, y aquellos problemas que eran centrales para nuestras preocupaciones en aquel momento han pasado a ser cada vez más prominentes en las discusiones contemporáneas. Podríamos incluso decir que hoy vemos la perspectiva teórica desarrollada en aquel

entonces –centrada como lo estaba en la matriz gramsciana y en la centralidad de la categoría de hegemonía– como un enfoque más adecuado a los problemas contemporáneos que el aparato intelectual que ha acompañado a menudo las discusiones recientes sobre la subjetividad política, sobre la democracia y sobre las derivas y las consecuencias políticas de una economía globalizada. Ésta es la razón por la que queremos recapitular, como introducción a esta segunda edición, algunos puntos centrales de nuestra intervención teórica, y contraponer algunas de sus conclusiones políticas a ciertas tendencias recientes en la discusión en torno a la democracia.

Comencemos por decir algo acerca del proyecto intelectual de *Hegemonía...* y de la perspectiva teórica a partir de la cual fue escrito. En la mitad de los años setenta, la teorización marxista había llegado, claramente, a un punto muerto. Después de un período excepcionalmente rico y creativo en los años sesenta –que tuvo su epicentro en el althusserianismo, pero también en un renovado interés en Gramsci y en los teóricos de la escuela de Frankfurt–, los límites de esa expansión comenzaban a ser claramente visibles. Había un hiato creciente entre las realidades del capitalismo contemporáneo y lo que el marxismo podía legítimamente subsumir bajo sus propias categorías. Es suficiente recordar las contorsiones crecientemente desesperadas que tuvieron lugar en torno a nociones tales como “determinación en la última instancia” y “autonomía relativa”. Esta situación, en su conjunto, dio lugar a dos tipos de actitud: o bien negar los cambios y retraerse –de modo muy poco convincente– en un *bunker* ortodoxo, o bien adicionar, *ad hoc*, análisis descriptivos de las nuevas tendencias que eran simplemente yuxtapuestos, sin integración, a un *corpus* teórico que se mantenía sin cambios sustanciales.

Nuestro modo de tratar la tradición marxista fue enteramente diferente, y podría quizás formularse en términos de la distinción husserliana entre “sedimentación” y “reactivación”. Las categorías teóricamente sedimentadas son aquellas que ocultan sus actos de institución originaria, en tanto que el momento de la reactivación hace nuevamente visibles esos actos. Para nosotros –oponiéndonos aquí a Husserl–, esta reactivación debe mostrar la contingencia originaria de aquellas síntesis que las categorías marxistas intentaban establecer. En lugar de adherirnos a nociones tales como “clase”, la tríada de niveles (lo económico, lo político y lo ideológico) o la contradicción entre fuerzas y relaciones de producción como fetiches sedimentados, lo que intentamos fue revivir las precondiciones que hicieron posible su operatividad discursiva, y nos interrogamos acerca de su continuidad o discontinuidad en el capitalismo contemporáneo. El resultado de esta operación fue el percibir que el campo de la teorización marxista había sido mucho más ambivalente y diversificado que el travestido monolito que el marxismo leninismo presentaba como historia del marxismo.

Esto debe ser afirmado sin ambages: el efecto *teórico* perdurable del leninismo ha sido un brutal empobrecimiento del campo de la diversidad marxista. Mientras que al final del período de la Segunda Internacional los campos en que la discursividad marxista operaba habían pasado a ser crecientemente diversificados –en un espectro que, especialmente en el austromarxismo, se extendía desde el problema de los intelectuales a la cuestión nacional, y de las contradicciones internas de la teoría del valor a la relación entre socialismo y ética–, la división del movimiento obrero internacional y la reorganización de su ala revolucionaria en torno a la experiencia soviética condujeron a la discontinuidad de este proceso creativo. El caso patético de un Lukács, que enfeudó su innegable capacidad intelectual a la consolidación de un horizonte teórico político que no iba más allá del conjunto de estereotipos de la Tercera Internacional, es extremo pero ciertamente no único. Es importante mencionar que muchos de los problemas con los que se enfrenta la estrategia socialista en las condiciones del capitalismo tardío ya están contenidos, *in nuce*, en el austromarxismo, pero tuvieron poca continuidad en el período de entreguerras. Sólo el ejemplo aislado de Gramsci, escribiendo desde las cárceles mussolinianas, puede ser citado como un punto de partida cuyo nuevo arsenal de conceptos –guerra de posición, bloque histórico, voluntad colectiva, liderazgo intelectual y moral– es el punto de arranque de nuestras reflexiones en *Hegemonía y estrategia socialista*.

Revisitar –reactivar– las categorías marxistas a la luz de esta serie de nuevos problemas y desarrollos tenía que conducir, necesariamente, a deconstruir aquéllas –es decir, a desplazar algunas de sus condiciones de posibilidad y a desarrollar nuevas posibilidades que trascienden todo aquello que puede ser caracterizado como *aplicación* de una categoría–. Sabemos, por Wittgenstein, que no hay algo como la “aplicación de una regla” –la instancia de la aplicación es parte de la propia regla–. Releer la teoría marxista a la luz de los problemas contemporáneos implica necesariamente deconstruir las categorías centrales de esa teoría. Esto es lo que ha sido denominado nuestro “posmarxismo”.

Nosotros no inventamos este rótulo –él aparece sólo marginalmente (y no como rótulo) en la introducción de nuestro libro–. Pero puesto que se ha generalizado como caracterización de nuestra obra, podemos afirmar que no nos oponemos a él en la medida en que se lo entienda correctamente: tanto como proceso de reapropiación de una tradición intelectual, como de ir más allá de esta última. Y en el desarrollo de esta tarea es importante señalar que ella no debe ser considerada tan sólo como una historia *interna* del marxismo.

Muchos antagonismos sociales, muchos problemas que son cruciales para la comprensión de las sociedades contemporáneas, pertenecen a campos de discursividad que son *externos* al marxismo y

que no pueden ser reconceptualizados en términos de las categorías marxistas, dado, especialmente, que es su misma presencia la que pone en cuestión al marxismo como sistema teórico cerrado y conduce a la postulación de nuevos puntos de partida para el análisis social.

))((

Una palabra final acerca del modo en que encaramos las tareas más urgentes de la izquierda. Varias voces se han oído recientemente proclamando : “¡Volvamos a la lucha de clases!”. Ellas sostienen que la izquierda se ha identificado demasiado estrechamente con cuestiones “culturales” y que ha abandonado la lucha contra las desigualdades económicas. Ya es tiempo, se dice, de dejar de lado la obsesión con la “política de las identidades” y de prestar nuevamente atención a los reclamos de la clase obrera. ¿Qué pensar de estas críticas? ¿Estamos hoy en una coyuntura opuesta a aquella que proveyó el trasfondo de nuestra reflexión, que se fundó en criticar a la izquierda por no tener suficientemente en consideración las luchas de los “nuevos movimientos sociales”? Es verdad que la evolución de los partidos de izquierda ha sido de un carácter tal que su principal preocupación han pasado a ser las clases medias, en detrimento de los trabajadores. Pero esto no se debe a ninguna unilateralización de los problemas de “identidad”, sino a su incapacidad de concebir una alternativa al neoliberalismo y a su aceptación acrítica de los imperativos de “flexibilidad”. La solución no es abandonar la lucha “cultural” para volver a la política “real”. Una de las tesis centrales de *Hegemonía y estrategia socialista* es la necesidad de crear una cadena de equivalencias entre las varias luchas democráticas y en contra de las diferentes formas de subordinación. Como lo hemos argumentado, las luchas contra el sexismo, el racismo, la discriminación sexual, y en defensa del medio ambiente necesitan ser articuladas con las de los trabajadores en un nuevo proyecto hegemónico de la izquierda. Para ponerlo en una terminología que se ha tornado popular recientemente, en lo que insistimos es en que la izquierda necesita encarar tanto las cuestiones ligadas a la “redistribución” como al “reconocimiento”. Esto es lo que entendemos por “democracia radical y plural”.

Hoy en día este proyecto resulta más pertinente que nunca –lo que no quiere decir que sea más fácil de realizar–. En verdad, a veces pareciera como si, más que pensar en “radicalizar” la democracia, la prioridad fuera defenderla contra las fuerzas que, insidiosamente, la amenazan desde dentro. En lugar de reforzar sus instituciones, pareciera que el triunfo de la democracia sobre su adversario comunista ha contribuido a su debilitamiento. La falta de identificación con el proceso democrático está alcanzando proporciones preocupantes, y el

cinismo respecto de la clase política está tan extendido que está socavando la confianza básica de los ciudadanos en el sistema parlamentario. No hay, ciertamente, motivos para alegrarse acerca del estado actual de la política en las sociedades liberal democráticas. En algunos países esta situación está siendo hábilmente explotada por demagogos populistas de derecha, y el éxito de figuras tales como Haider y Berlusconi atestigua que esa retórica puede atraer a un número considerable de seguidores. En la medida en que la izquierda abandone la lucha hegemónica e insista en su posición centrista, hay pocas esperanzas de que esta situación pueda ser modificada. Sin duda, comenzamos a ver la emergencia de una serie de resistencias al intento de las corporaciones transnacionales de imponer su poder sobre todo el planeta. Pero sin una visión acerca de cuál podría ser un modo alternativo de organizar las relaciones sociales, una visión que restaure la centralidad de la política por sobre la tiranía de las fuerzas del mercado, esos movimientos habrán de permanecer en un nivel meramente defensivo. Si de lo que se trata es de construir una cadena de equivalencias entre las luchas democráticas, se necesita establecer una frontera e identificar un adversario. Pero esto no es suficiente.

Uno necesita también saber por lo que está luchando, qué clase de sociedad uno quiere establecer. Esto requiere por parte de la izquierda una adecuada comprensión de la naturaleza de las relaciones de poder y de la dinámica de la política. Lo que está en juego es la construcción de una nueva hegemonía. Nuestro lema debe ser: "Volvamos a la lucha hegemónica".

Ernesto Laclau y Chantal Mouffe
Noviembre de 2000

Prefacio a la edición en español

Este libro se publicó en inglés en enero de 1985, y ha estado desde entonces en el centro de un conjunto de debates, a la vez teóricos y políticos, que tienen lugar actualmente en el mundo anglosajón. Digamos tan sólo algunas palabras acerca de este contexto, para que resulte más clara, al lector de lengua española, el sentido de nuestra intervención.

Desde el punto de vista teórico, tres cuestiones han sido dominantes en estos debates: la crítica al esencialismo filosófico, el nuevo papel asignado al lenguaje en la estructuración de las relaciones sociales y la deconstrucción de la categoría de "sujeto" en lo que respecta a la constitución de las identidades colectivas. El primer aspecto es bien conocido y no requiere demasiados esclarecimientos: desde distintas

tradiciones –la crítica wittgensteiniana a la noción de un *sentido* determinable al margen de los distintos “juegos de lenguaje”, la afirmación de la facticidad e historicidad del ser en Heidegger, la crítica postestructuralista a la fijación de la relación significante/significado en la constitución del signo– las principales corrientes del pensamiento contemporáneo encuentran un denominador común en el rechazo de la metafísica de la presencia, que había constituido la piedra angular del pensamiento filosófico tradicional.

Esta crítica presenta una segunda característica: la centralidad atribuida al lenguaje en áreas cada vez más amplias de las relaciones sociales. Nuevamente, éste es un rasgo común en la obra de pensadores tan diferentes como Wittgenstein y Heidegger, Derrida y Lacan. Sin embargo, esto no ha significado la explicación simplemente *lingüística* (en el estrecho sentido de lenguaje hablado o escrito) de lo social, sino más bien el reconocimiento de que aquellas lógicas relacionales que fueran originariamente analizadas en el campo de lo lingüístico (en el sentido restringido), tienen un área de pertinencia mucho más amplia que se confunde, de hecho, con el campo de lo social. Es decir, que en el mismo momento en que se generaliza en las ciencias sociales el modelo lingüístico, se desarrolla también una creciente duda acerca de los *límites* del lenguaje. El concepto de “discurso”, que presentamos en el capítulo tercero, se vincula a esta perspectiva teórica.

Finalmente, los efectos de las dos transformaciones anteriores se han combinado para hacer entrar en crisis la categoría de “sujeto”, aquella unidad cartesiana que era atribuida por las ciencias humanas tradicionales a los agentes sociales. Estos son actualmente concebidos como sujetos “descentrados”, como constituidos a través de la unidad relativa y débilmente integrada de una pluralidad de “posiciones de sujeto”.

En nuestro libro hemos tratado de analizar el impacto potencial que tiene este conjunto de perspectivas teóricas, para una serie de debates políticos recientes en la izquierda europea.

Nuestro discurso se liga, en primer término, a la llamada “crisis del marxismo”. Hemos subrayado el hecho de que esta crisis lejos de ser un fenómeno reciente, se enraíza en una serie de problemas con los que el marxismo se veía enfrentado desde la época de la Segunda Internacional. En tal sentido, nuestro texto sugiere que el hilo de Ariadna que preside la subversión de las categorías del marxismo clásico es la generalización de los fenómenos del “desarrollo desigual y combinado” en el capitalismo tardío, y el surgimiento de la “hegemonía” como nueva lógica de constitución de lo social que recompone, a un nivel distinto del postulado por la tradición marxista, los fragmentos sociales, dislocados y dispersos por esa desigualdad del desarrollo. Pero esto significa que la hegemonía, como lógica de la facticidad y la

historicidad que no se liga, por tanto, a ninguna “ley necesaria de la historia”, sólo puede ser concebida sobre la base de una crítica a toda perspectiva esencialista acerca de la constitución de las identidades colectivas. Éste es el punto en el que la lógica político-argumentativa de Gramsci puede ser ligada a la crítica filosófica radical que antes señaláramos.

Esto no es todo, sin embargo. Según argüimos en el texto, el pensamiento de Gramsci es sólo un momento transicional en la deconstrucción del paradigma político esencialista del marxismo clásico. Porque para Gramsci, el núcleo de toda articulación hegemónica continúa siendo *una* clase social fundamental.

Es aquí justamente donde la realidad de las sociedades industriales avanzadas –o postindustriales– nos obliga a ir más allá de Gramsci y a deconstruir la noción misma de “clase social”. Y esto porque la noción tradicional de “clase” suponía la unidad de las posiciones de sujeto de los diversos agentes; en tanto que en las condiciones del capitalismo maduro, dicha unidad es siempre precaria y sometida a un constante proceso de rearticulación hegemónica. Éste es el punto en el que, en nuestro texto, intentamos ligar la problemática teórica de la crítica al esencialismo y a la concepción del sujeto unitario y fundante, con el conjunto de problemas vinculados a la emergencia de nuevos antagonismos y a la transformación de la política en el mundo contemporáneo.

Esto nos ha conducido a redefinir el proyecto socialista en términos de una radicalización de la democracia; es decir, como articulación de las luchas contra las diferentes formas de subordinación –de clase, de sexo, de raza, así como de aquellas otras a las que se oponen los movimientos ecológicos, antinucleares y antiinstitucionales-. Esta democracia radicalizada y plural, que proponemos como objetivo de una nueva izquierda, se inscribe en la tradición del proyecto político “moderno” formulado a partir del Iluminismo, e intenta prolongar y profundizar la revolución democrática iniciada en el siglo XVIII, continuada en los discursos socialistas del siglo XIX, y que debe ser extendida hoy a esferas cada vez más numerosas de la sociedad y del Estado. Nuestra tesis es que para llevar a su conclusión un proyecto tal, es necesario abandonar un cierto número de tesis epistemológicas del Iluminismo, ya que es sólo a través de una crítica del racionalismo y del esencialismo como es posible dar cuenta, de manera adecuada, de la multiplicidad y diversidad de las luchas políticas contemporáneas.

Este conjunto de problemas es abordado, en el presente libro, a partir de una reflexión teórica y política que tiene como punto de mira las luchas sociales en los países del capitalismo maduro. Debemos decir, sin embargo, en el momento en que este trabajo se hace asequible a un público más amplio del mundo español e hispanoamericano, que no consideramos que su validez se restrinja a

áreas sociales o geográficas particulares. Pensamos, por el contrario, que la experiencia del “desarrollo desigual y combinado”, de la dislocación que es su resultante y de las consiguientes recomposiciones hegemónicas –heterodoxas respecto a las categorías clasistas del marxismo– es más evidente todavía en los países de la periferia capitalista. En ellos asistimos constantemente a la redefinición de las fronteras de lo político, y a la emergencia de identidades populares y colectivas que no se recortan en términos de la divisoria de clases. Y también –ni qué decirlo– el conjunto de problemas vinculados a la experiencia de la democracia y a las posibilidades de su radicalización, es aún mucho más apremiante que en las sociedades industriales avanzadas. Es por eso por lo que queremos cerrar este prefacio con una incitación a que este discurso en torno a la democracia, a las dificultades de constitución de la misma y a la pluralidad de sus puntos de partida sea continuado y expandido por otros –y, por supuesto, también criticado y contradicho cuando corresponda– desde una variedad de experiencias y situaciones concretas. Si el pluralismo que nuestro texto preconiza ha de ser realizado en la práctica, sólo puede hacerlo incorporando otros textos, tradiciones y experiencias, que expandan constantemente el tejido argumentativo a través del cual un sentido común democrático se construye.

Londres, agosto de 1987